



FANTASIAS



Pórtico en la plaza de Cachi, Provincia de Salta, Argentina

Héctor Tierno

"Si vivir es bueno,
es mejor soñar,
y mejor que todo,
madre, despertar."



Antonio Machado



Fantasías,
relatos cortos,
lecturas breves,
pocas palabras,
como para picar,
pero no antes de la cena,
sino por la noche,
poco antes de dormir,
con el augurio de muy felices sueños.



La montaña de las banderitas

Los niños,
con muchas banderitas de colores,
llegaron a la montaña de arena,
y las clavaron tan cerca unas de otras
que de lejos parecían una sola bandera
de todos los colores.

Luego vino una paloma
y construyó su nido en la montaña,
y cuando un viento fuerte sopló
y volaron todas las banderitas,
la paloma se quedó con los niños
que seguían jugando
juntos
en la arena.

♣ ♣ ♣



El trencito de lata

Entro en la Estación Central de Ferrocarriles y, mientras me dirijo hacia la boletería, pienso que también los edificios viven, porque cada uno de ellos encierra imágenes y sentimientos, porque todos ellos encierran parte de nuestras vidas. Entrando en la estación, por ejemplo, sé, siento que hay trenes que van cerca y otros que van muy lejos, siento que hay trenes que traen a un amigo y otros que dejan muy solos porque se lo llevan; sé y siento que hay trenes que llevan a trabajar y trenes que llevan a pasear.

Me acerco a la ventanilla para comprar el pasaje y le digo a la empleada (quizás me sonrío porque ya sabe que me voy de viaje):

- ¡Buenos días! Uno de segunda para Horizonte, por favor.

Mientras camino hacia los andenes miro la gente y las cosas, oigo el altoparlante y los motores de las locomotoras. Veo los vagones de distintos colores, las parejas que se despiden, hombres que esperan y otros que corren. Miro el cartel que anuncia las llegadas y luego busco mi tren en el cartel que informa sobre las salidas. ¡Allí está!: «Salida para Horizonte, andén número ocho, hora siete y diez».

Subo al tren y me siento junto a la ventanilla. Ya de viaje miro los campos y las montañas. Converso con la señora que está sentada frente a mí; me cuenta que va a ver a su hijo que vive en Horizonte. Y recuerdo a mi madre que me había regalado un trencito para mi cumpleaños. Era un trencito de lata, a



cuerda, con una locomotora y dos vagones, que viajaba sobre el pequeño círculo que formaban las vías.

Yo era muy chico en aquel entonces y el paisaje, las barreras, los túneles, la estación y la gente y las cosas que veía en el pueblo donde me llevaba el trencito estaban en mi imaginación; olvidaba que mi trencito giraba siempre en su pequeño círculo e imaginaba que iba muy lejos, que se perdía en el horizonte y yo viajaba en él y llegaba a otros pueblos y conocía a otros niños.

Un día a mi trencito se le rompió la cuerda. Me dolió mucho porque sin él ya no podría viajar hacia el horizonte y hoy me duele mucho más por mi madre, que me lo había regalado para que yo pudiese soñar.



Pequeños y grandes

*¡Qué grande el mundo, y qué pequeño,
qué lejos los amigos, y qué cerca!*

En Noche, poema de Líber Falco

Había una vez un hombre que no sabía tanto de viajes (vivía en un pequeño país que tenía un pequeño aeropuerto); pero un día tuvo que viajar y tomar un enorme avión (un avión que también era enorme para los países enormes). Y cuando por la noche el enorme avión despegó del pequeño aeropuerto, el hombre miró las pequeñas lucecitas, imaginó las pequeñas casitas y recordó a sus grandes amigos. Entonces lloró.

El hombre no sabía tanto de viajes (pero había oído hablar de grandes aeropuertos) y con su enorme avión sobrevoló un gran aeropuerto de un gran país y vio grandes carreteras y grandes edificios. Y pensar -pensó el hombre- que todo esto tan grande lo han hecho pueblos muy chiquitos, muy chiquitos como el mío, como todos los pueblos. Y el hombre se dijo a sí mismo: «A todas las cosas grandes habría que ponerles los nombres de los pueblos chiquitos».

El hombre no sabía tanto de viajes (pero sabía de otras tierras) y con su enorme avión emigró de su pequeño país. Era un hombre (uno, como cuando se dice: uno, dos, diez) y fue a una tierra grande muy lejana de su pequeña tierra, y allí murió, en esa gran tierra lejana.

Cuentan que cuando murió, sonriendo le dijo a sus hijos: «Díganles adiós, en mi nombre, a los amigos de mi pequeña tierra».

♣ ♣ ♣

Los cinco sentidos

- "Los cinco sentidos son: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto", nos decía el maestro en un aula de esta escuela -le comento a mi sobrino, que camina junto a mí, mientras le señalo la escuela escondida tras los árboles.

- Y por esta calle -continúo- llegábamos caminando. Yo era el que vivía más lejos, por eso pasaba a buscar primero a Daniel, luego a Carlos, y juntos veníamos a pie hasta aquí.

Mientras camino con mi sobrino contándole estas cosas, pienso en los cinco sentidos y me digo a mí mismo:

Es cierto que conozco este barrio y que reconozco esta calle porque tantas veces pasé por aquí. Muchas veces vi estas casas, miré al lechero que hacía su recorrido con el carro tirado por caballos, observé a las mujeres que barrían la entrada de sus casas. Creo que reconozco estos lugares hasta por los distintos perfumes de los árboles que bordean las calles.

Pero no alcanzan los cinco sentidos para explicar lo que siento cuando vuelvo a este barrio. Quizás porque lo conozco en el sentido íntimo, casi sexual, de la palabra, porque lo asocio a mi vida, a las pequeñas (y cuántas veces grandes o vividas como tales) historias de un hombre pequeño. Ando con naturalidad por estos lugares y me parece que, con la misma naturalidad, ellos me acogen como suyo.

- No quiero exagerar -le digo a mi sobrino-, pero casi te diría que hasta el cielo que se ve desde estas calles es un cielo conocido, es mi cielo.



Por las autopistas se pasa y nada más, y cada vez que las recorremos nuevamente es como si fuera la primera vez que nos internamos en uno de sus largos e inhóspitos corredores. En cambio, volver a pasar por estas callecitas es como entrar en una casa y encontrarnos con familiares y amigos: nos detenemos continuamente para saludar, para dar un abrazo, para decirnos algunas palabras. Es como abrazar a un amigo después de tantos años. Es el cariño que sienten los hombres pequeños por sus pequeñas cosas.

"Cosas de poca importancia" -dice León Felipe- "y sin embargo, le basta para sentir todo el ritmo de la vida a mi alma". Historias de hombres pequeños y no de reyes y duques, de pajes y cortesanas, ni de amores principescos y niñas pobres que aspiran tener el piececito justo para ser dignas.

Seguimos caminando y conversando con mi sobrino, hasta que llegamos al parque que está muy cerca de la que fuera mi casa. Saco una foto a esa callecita con palmeras a los lados, donde venía a pasear con mi abuelo, donde aprendí a andar en bicicleta. Y en la foto me guardo todos estos recuerdos.

- Sabes -le digo a mi sobrino-, me gusta mucho viajar, encontrar mucha gente, pero tengo un problema: me engancha la camisa en cada puerta por la que paso. Las pequeñas historias son muy grandes para nuestros cinco sentidos. Son muy grandes para nuestros corazones.





¡Adelante amigos!

Santiago está en la cama. Con los ojos cerrados. Muriendo.
Lo rodean algunos parientes y amigos.

Abro los ojos en ese instante infinitesimal que separa la vida de la muerte. Sonrío. Y veo que quienes me rodean sonrían también. Mi sonrisa, pienso, tal vez sea una sonrisa totalizadora, un balance satisfecho. Y como un halago afectuoso interpreto las suyas. Pero no es así. Me lo explica mi hermana, que está junto a mí:

- ¡Santiago, qué alegría, estás otra vez con nosotros! Los médicos nos han explicado que la extraña enfermedad que te afecta, bendita enfermedad, te hará vivir al revés, hacia tu juventud. Tu muerte es el nacimiento, el pasaje de la muerte a la vida. Caminarás hacia atrás. El sueño de los sueños. Podrás rehacer tu vida, repetir tus aciertos y corregir tus errores. Y tendrás la ventaja de saber cómo decidir. Aprovecharás la experiencia de tu futuro, que ya has vivido, para construir tu pasado. ¿No es maravilloso hermanito?

Sonrío nuevamente. Esta vez, sin duda, ante la perspectiva de revivir a mis amigos, a mi compañera, a mis hijos, a mis pa-





dres. Ante la perspectiva de continuar a creer en la utopía. Esos rostros me rodean, se desdibujan en la inmensidad de mis tierras americanas. El cariño de sus voces enmarca la voz de los que cantan por

“el pan y los racimos
que cubrirán la tierra
de mañana”.

- ¡Adelante amigos! -le respondo- y cierro los ojos, saboreando esas imágenes.

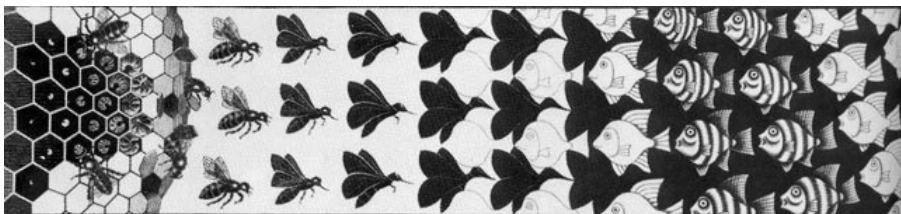
Santiago abre los ojos en ese instante infinitesimal que separa la vida de la muerte. Sonríe. En quienes lo rodean aletea también una sonrisa de adiós.

- ¡Santiago ...! -dice la hermana, ansiosa por devolverlo a la vida.

Santiago sonrío nuevamente mientras responde:

- ¡Adelante amigos!

Y cierra sus ojos, como saboreando la vida.



M. C. Escher - *Metamorfosis*



Quisiera...

Quisiera hablar con sus palabras,

pero ellos están en silencio,

iqué paradoja!

Quisiera escribirles,

pero ellos no leen,

iqué paradoja!

Quisiera callar, mientras escucho,

esperando mi turno,

pero ellos son los últimos,

iqué paradoja!

Quisiera tener la voz castellana

de Rigoberta Menchú, quiché,

iqué paradoja!

Soy blanco y quisiera tener,

idorón, dorén!

la voz negra de Nicolás Guillén,

iqué paradoja!

Quisiera decirles...,

pero ellos están trabajando.

... ..

Y entonces me dije:

'No te angusties,

porque ellos te oyen'.

Y sin esperar mi turno,

escribí mis palabras,

para leerlas en voz alta,

para que alguno de ellos

me diga si son las tuyas:

« Quisiera que mis palabras fueran

como las vuestras,

que transmitieran nostalgia

por el futuro,

que fuesen, junto conmigo,

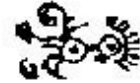
sólo un abrazo,

fuerte y pasajero.

Pero, les confieso,

quisiera...

que el querer fuese ».



♣ ♣ ♣

Un álbum de fotografías

CAPÍTULO 1 - COMPOSICIÓN DE LUGAR

Una autopista que corre entre montañas. A lo lejos una ciudad; hilos de humo y una cortina de niebla, menos algodonosa que ésta que se levanta en el valle y acompaña el caminar del río.

CAPÍTULO 2 - ZOOM DEL AUTOPISTA

Hay un punto peligroso, en curva. Luego la autopista prosigue el descenso hacia la ciudad. Después de la curva, la bajada es veloz, como veloz es el acercamiento al nivel del terreno; pero en la curva, la altura es impresionante. Un cartel, con una flecha serpenteante, indica el peligro. Una grisácea valla metálica de protección se extiende a lo largo de la curva.

CAPÍTULO 3 - PREGUNTAS

¿Por qué en un punto tan peligroso no hay más carteles? Esta pregunta apareció en los diarios después del enésimo accidente. ¿Por qué se hizo esa curva? ¿Por qué se construyó esa autopista? ¿Por qué la usaban nuestros padres? ¿Por qué hubo tantos accidentes? ¿Accidentes? En la ciudad de Ut repetían estas preguntas para conmemorar el exterminio, para que no muriera la fantasía.

CAPÍTULO 4 - UN PROTAGONISTA

Corre en auto por la autopista, corre a su trabajo, corre. Tiene los minutos contados para llegar a todos lados. Y piensa en su mujer y en los hijos que han crecido sin tenerlo a su lado. Se acerca a la curva. Está pensando. No frena.



CAPÍTULO 5 - EL ACCIDENTE

Vuela. Segundos que son años. Vuela hacia la montaña del exterminio: una torre gigantesca de autos voladores que apuntan hacia el cielo, una torre de sueños truncados (¿o gritados?) en la curva. Recuerda cuando conoció a su compañera, los primeros pasos de sus hijos, la voz de su madre, los abrazos de sus amigos, ... y se acurruca como un feto. En el valle no se siente el rumor cuando su auto se apoya dulcemente en la montaña de chatarra que se yergue junto a la curva.

CAPÍTULO 6 - EL VELORIO

Llora la viuda y mientras corre piensa en su marido y en los hijos que han crecido sin tenerla a su lado. Lloran los hijos y empiezan a correr cada vez más solos.

CAPÍTULO 7 - EL GOBIERNO TOMA MEDIDAS

En la curva ahora hay cinco carteles:

iDisminuya la velocidad!

iii Curva peligrosa !!!

Velocidad máxima: 50 kms.

iAtención, sea prudente!

y un gran signo de admiración con una flecha fosforescente y serpenteante.

La pequeña valla metálica de tres bandas ha sido substituida por una gigantesca. Desde la curva ya no se ve la montaña. Más allá de la curva, para acelerar el descenso, todas las mañanas hay una multitud de obreros que aceitan la calzada y una serie interminable de carteles acompañan al viajero:

Todo va mejor con Cola-Cola.





En Villa Feliz la casa de tus sueños
iy con sólo 500 cuotas!!!

No sueñe,
haga realidad sus ambiciones.

¿Dolores de cabeza? ¿Malestares?
Nunca más, si usas Cabezol.

Una línea interminable de incoloros carteles multicolores y, en
el fondo, la misma ciudad, el mismo humo, la misma niebla.

CAPÍTULO 8 - LA MONTAÑA CRECE

Más carteles de peligro, antes de la curva.

Más carteles en el descenso, después de la curva.

Más aceite, todas las mañanas, todas las tardes, todas las no-
ches.

Y la montaña crece.

CAPÍTULO 9 - NUEVA COMPOSICIÓN DE LUGAR

Un cañoneo continuo, con precisión fulminante, destruye la valla
gigantesca y dirige el vuelo de los autos desde la curva hacia la
montaña de los sueños. Y alrededor de la misma las viudas, los
viudos y los huérfanos empiezan a vagar sin rumbo. Un viejo
que se ha salvado de la catástrofe, un amigo de tantos
muertos, llora también él, pero tiene aún la fuerza para
construir un banco. Se sienta ante la montaña y escucha los
sueños.

CAPÍTULO 10 - ANDANTE

Alrededor de la montaña hay un sendero. Y muchos bancos con
viejos, viudas, viudos y huérfanos que escuchan. Y muchos
otros que caminan por el sendero y en el silencio de los



recuerdos se oyen sólo los nombres cuando se saludan. Sólo nombres, han desaparecido los apellidos.

CAPÍTULO 11 - ALLEGRO CON MOTO

La montaña se ha transformado en un monumento. Ocupa el centro de una enorme plaza en torno a la cual hay nuevos carteles:

Plaza de los Sueños

Calle de la Fantasía

Sendero del Amigo

Puente de las Cometas

Las casas no tienen número: la verde es la de Juana, aquella azul es la de Miguel, esa amarilla es la de Lucía.

CAPÍTULO 12 - INCONCLUSO

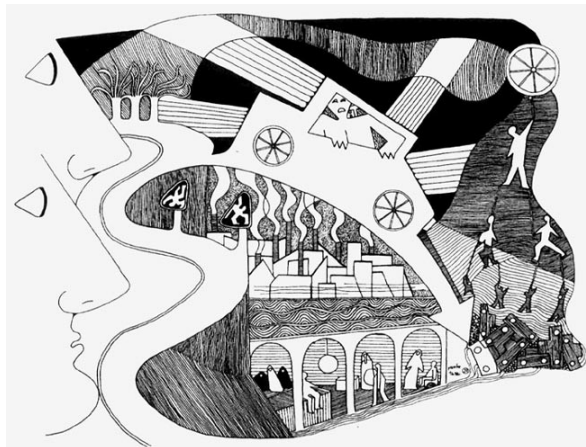
Así nació la ciudad de Ut.

Todavía no he terminado de imaginármela.

Estoy en la curva y me acurruco para hacerlo.

Embisto las vallas.

♣ ♣ ♣



La ciudad de Ut, dibujo de Paolo Tassi

Te quiero América

Te quiero a ti,

que cantas con los negros pies descalzos
de Nicolás Guillén;

que sueñas con el arpa guaraní la melancolía
de tus historias traicionadas;

que te yergues con esa vitalidad desbordante
de la escritura musical de Alejo Carpentier;

que te rebelas con la nostalgia por el futuro
de la poesía de Pablo Neruda;

que gritas tu pena india con la voz
de José María Arguedas.

Te quiero América,

a ti, Patria Grande;

a ti, porque tus hijos somos
indios, negros,

blancos y mulatos y mestizos y medio
indios y medios colores, pero todos
hombres;

a ti, porque hablas en castellano, quechua y
portugués,
en guaraní, inglés y
francés,
en quiché y holandés,
en mil lenguas de hombres pobres
no escuchadas;

a ti, porque escribes y
porque protestas
por los que no saben hacerlo;

a ti, porque cantas con el bombo y la guitarra,
con la quena y la ocarina,
con el charango y la marimba,





porque bailas,
 porque sueñas,
 porque simplificas:
 ¡ o libertad o muerte !
 ¡ o trabajo,
 o niños vivos,
 o escuelas y universidades,
 o médicos y hospitales,
 o casas y parques,
 o soberanos de nuestras vidas,
 o pan,
 o para todos
 o para nadie !

Te quiero América,

porque alzaste a tus indios
 en Yucatán;

porque gritaste contra la esclavitud de tus negros
 en Palmares;

porque quisiste decidir tu destino
 con José Martí.

Te quiero América,

a ti, por tu danza y por tu canto;

a ti, por Zapata, por el Che, por Allende,
 por Mariátegui, por Farabundo Martí,

por tus muertos y por tus vivos;

a ti, porque crees aún en la gran utopía,

porque crees aún en la historia,

porque crees aún en el hombre.

♣ ♣ ♣



Doña Juanita

El cóndor sobrevolaba aquellas inmensidades en las primeras horas de la mañana. El hombre corría, diminuto, acompañado por el silencio. Enormes cactus extendían sus brazos hacia el cielo, repitiendo el grito del hombre:

- ¡Doña Juanita ha muerto!

En la aldea, Doña Juanita vivía sola. Tal había sido su decisión el día del gran incendio, cuando el fuego le quitó a sus hijos y arrasó su casa. Los más ancianos de la aldea narran que sus abuelos recordaban perfectamente aquel día, aunque eran muy niños en ese entonces.

Después de la catástrofe, durante muchos meses, quizás durante muchos años, Doña Juanita lloró su pena amargamente. En el silencio del silencio el viento llevó muy lejos su llanto. Sus lágrimas dieron vida a ese pequeño riachuelo, de lecho agrietado, que corre al pie de las faldas de montañas multicolores.

Después de mucho tiempo Juanita volvió a la aldea. Quiso entonces que los hijos de la aldea fueran los suyos. Esta fue su primera tarea.

Con los niños y adolescentes que iban a su casa, Juanita empezó a ser Doña Juanita. Ella los acudía en todos los detalles pero, sobre todo, les narraba las historias del tímido coatí y del cóndor, señor de las alturas, de los amores del sol y de las vigiliadas de la luna. Ella era la memoria de la aldea.

Juanita, que con el tiempo fue Doña Juanita para toda la aldea, desde el día del desastre, se concentró en una segunda tarea. En su juventud no había desdeñado ninguna labor, pero ella pre-





fería el tejido. Todos admiraban el colorido de sus telas, los suaves dibujos esfumados que dialogaban con la naturaleza. Desde el día que volvió a la aldea, infundió toda su vitalidad al tejido, en singular, a un único tejido, a una delicadísima tela de color rojizo alborada.

Doña Juanita no sabía de Penélope, ni esperaba su Ulises, y a cuantos al principio preguntaron el por qué de su trabajo, repetía su respuesta:

- Ya verás hijo, cuando llegue el gran día.

Todos en la aldea sabían del tejido de Doña Juanita y ya nadie preguntaba el por qué, pues todos sabían también que era el tejido para el gran día.



El hombre corría en aquellas inmensidades con las ropas desgarradas. En sus manos ondeaba un larguísimo tejido rojo. Sentía que la alegría de su grito cicatrizaba sus viejas heridas.

- ¡Ha llegado el gran día! -gritaba.

Apenas recibida la noticia, el consejo de ancianos proclamó solemnemente ante toda la comunidad:

- Doña Juanita ha muerto, ha llegado el gran día.

Sus siluetas se recortaban enormes sobre el fondo rojizo de la alborada.





El grito

Las historias, nuestras historias,
se narran al anochecer, junto al fuego,
o en la soledad y silencio de los campos,
basta que estés tú, que sabes escucharlas,
y que haya un poco de brisa que las abrace.

Tu corazón y los vientos
harán de ellas un murmullo ensordecedor,
un grito.

Deja que tu corazón las cuente,
en silencio,
para que los campos griten nuestra soledad,
para que las noches griten nuestro silencio.

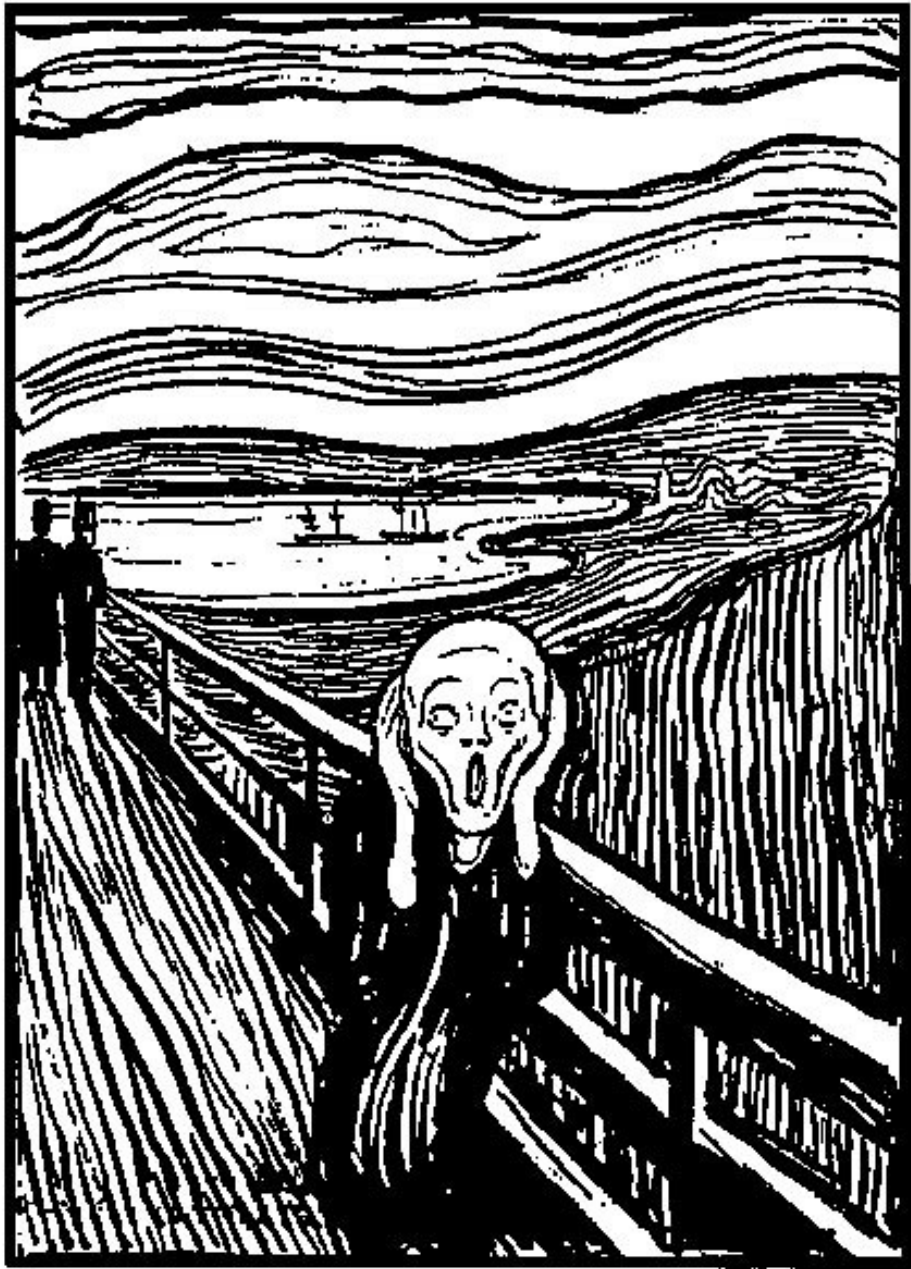
Cuenta tu humanidad
y tu historia.

Háblale del Hombre
a los hombres,
siempre.

Escucha el grito del viento:
« ¡hombres que quieren ser hombres! »

Las historias, nuestras historias,
se cuentan en el silencio,
¡grítalas con el viento!





Edvard Munch - *El grito*

Rojo Madre

No puedo olvidar sus palabras. Yo era muy niño en aquel entonces y recuerdo aquel día como un día caluroso. Estaba anocheciendo y salí de mi casa. Tenía unos deseos enormes de volver a hablar con la Luna.

- ¡Buenas noches, señora Luna! -dije para saludarla mientras me sentaba sobre la tierra, bajo el techito de paja que protegía la entrada de nuestra casa. Embelesado escuché su relato.

Hace muchos, muchos años, cuando empezaron los míos -me dijo-, existía sólo Rojo Madre: era una inmensa lengua de fuego volcánico, un enorme manto rojo que todo lo envolvía, era el cielo y la luz que aún no habían recibido las estrellas, era el mar, infinitas gotas de vapor en su seno, era la tierra, aún estéril, y era el corazón de los hombres, que todavía no habían amado. Rojo Madre fue padre de todas las cosas, y todo lo engendró, y como madre nadie depositó en ella su semen fecundo. En sus entrañas se concentraron los fuegos femeninos, ese es mi origen. Y como Luna fui esposa y madre. De los fuegos masculinos nació el padre Sol, mi esposo. En mil abrazos nuestros fuegos engendraron todas las criaturas. Nacieron así mares y ríos, de rumorosos oleajes y de fluir silencioso, frutos de nuestros amores tempestuosos y serenos; engendramos fuentes y cascadas, montañas y estepas inmensas; nacieron los blancos dientes del maíz y la ágil y tímida ardilla; millares de peces poblaron las aguas, tantas fueron sus caricias, y una infinidad de estrellas tapizó el cielo, tantos fueron mis besos.



- Señora Luna -me atreví a interrumpir-, ¿por qué gritan todavía los volcanes? ¿Por qué padre Sol es tan grande y de fuego tan intenso?

Respondiéndome, continuó su relato como si saboreara cada instante de su pasado.

Quiso Rojo Madre que el Sol fuera vuestro protector durante el día y que yo velara durante vuestros sueños. Con sus abrazos engendré la luz de las estrellas y me hice sangre allí donde hay vida. Y me hice tierra para alimentar los granos y le di voz a los pájaros y aliento a las cascadas. Le di mi fuego a la tierra, ¿o acaso no has visto las plantas esperando el beso del Sol para dar su fruto? Y por eso los volcanes lo buscan aún con sus abrazos. Y me consumí en amores dándole colores a las plantas y voz a los pájaros, ¿o acaso no has visto cuando por la mañana gritan su alegría ante el padre?

Eramos hermanos, éramos la misma carne, éramos el mismo fuego. Y soy yo que grito en tu corazón en los cálidos días de verano y que recuerdo al Sol, con tu tristeza, cuando me falta por las noches.

- ¡Duérmete mi niño, duérmete, se ha hecho muy tarde!

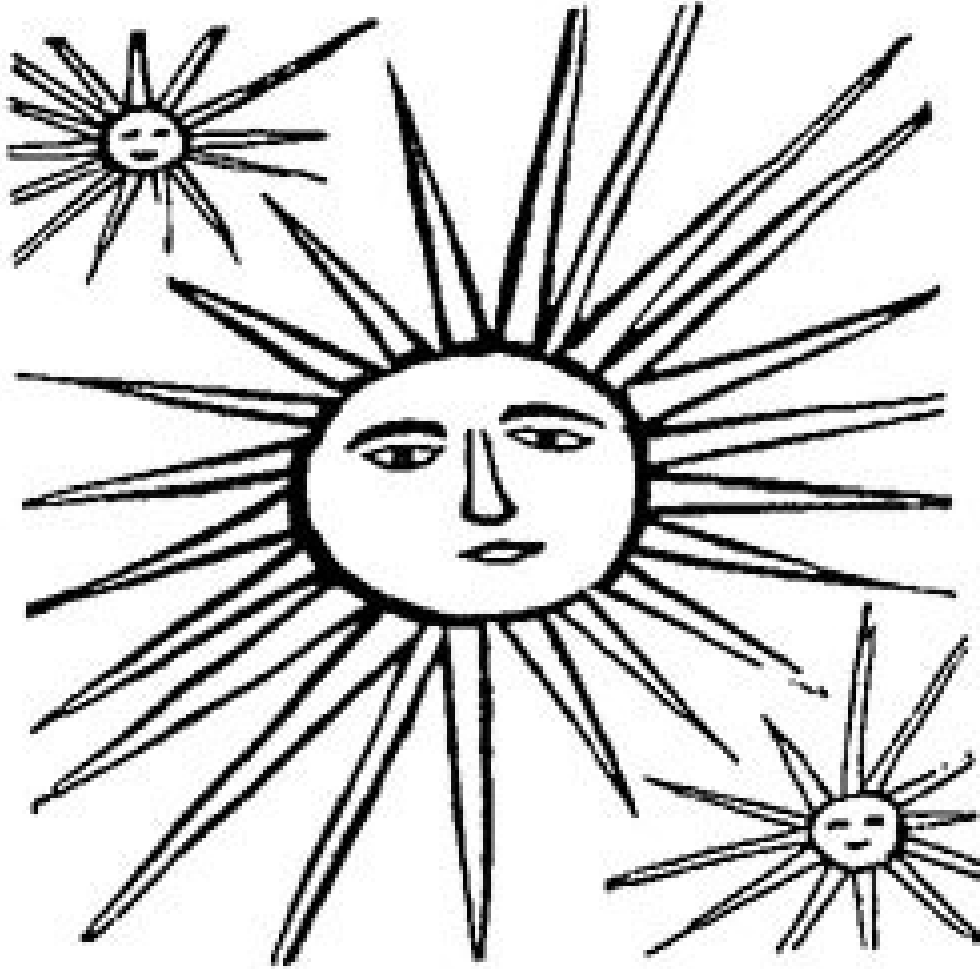
Duérmete y soñarás...

Me dormí aferrándome con ternura a la tierra. Soñé el rumor de las cascadas y mil pájaros que cantaban en el bosque, soñé la suave caricia del agua a los guijarros y el desbordante colorido del tucán.





Una paz inmensa invadió mi corazón,
era ella que latía, la Luna,
esperando el abrazo del Sol de la mañana.



El loco Joaquín

Sé que no estoy bien. Desde que perdí mi sombra ha cambiado mi vida, o mejor dicho, estoy desorientado, camino en el bosque desconociendo los lugares, mi barca va a la deriva, ya no se mece serenamente. Antes cada cosa estaba en su lugar, incluso las más pequeñas tenían un sentido.

Todas las mañanas me levantaba a las siete y cuarto. Soledad me decía siempre que podía dormir un poco más, pero a mí me gustaba levantarme temprano. Ya que no tenía trabajo, trataba de hacer bien mis cositas y de ayudar un poco a Soledad y a Manuel. Ellos sí que trabajan. Se los decía siempre: "Si siguen así se van a volver locos, se los dice uno que entiende de locuras" y nos reíamos todos, porque soy un loco alegre (lo era, antes de este invierno).

Pero la verdad es que trabajan mucho. Están fuera de casa casi todo el día. Tienen dos hijos que son una preciosidad. Me gustaba cuando se levantaban para ir a la escuela. Yo ya les tenía preparado el café con leche, un poco de pan con dulce o mermelada; a veces también les hacía unas tostadas, y ellos venían corriendo, todavía sin lavarse, para darme un beso.



- A Joaquín lo conozco desde cuando éramos muchachos, desde cuando empecé a salir con Soledad. ¿Te sirvo un poco más de cerveza?

- Sí, otro poquito, Manuel. Pero dime que pasó en el estadio.

- Hay que conocer bien a Joaquín para entender lo que pasó en el estadio. Joaquín perdió primero a su padre y su madre

murió cuando él tenía apenas doce años. En esa época ya éramos novios con Soledad, que es unos años mayor que él. Desde entonces, ella fue para él hermana mayor y madre. No se sintió obligada a serlo, Soledad adoraba a su hermano.

- Pero además necesitaba de ella, ¿Joaquín ya no era muy normal, verdad?

- Digamos que él vivía en su mundo. Desde muchacho sostenía que su sombra le aconsejaba escuchar a los demás y vivir la vida como quien camina por el bosque. Un día, mientras paseábamos a lo largo del río, me dijo: "Manuel, ¿ves esa barquita meciéndose en el agua? Mi sombra dice que debo vivir así, caminando en puntas de pies y gozando de las caricias del agua". Su sombra era, para él, la imagen del mundo. ¿Sabes cuál ha sido siempre su única locura? La de darle vida a su sombra, la de hacer de su sombra una realidad. Pero no lo ha sido ciertamente la de soñar la realidad a imagen de su sombra.

- ¿Pedimos otra cerveza?

"Sí", -dice Manuel. Pensativo, enciende un cigarrillo y continua su relato.

- Joaquín ha sido siempre alegre y abierto con la gente. El cariño que tuvo para con sus padres, lo ha tenido también para con nosotros y nuestros hijos. Su crisis empezó cuando creyó que había perdido su sombra. Los primeros días los pasó preocupado, en los días siguientes desapareció su sonrisa. Llegó a enojarse con Soledad, para luego pedirle disculpas, llorando. Tratábamos de consolarlo: "Es un invierno muy oscuro, siempre nublado, verás que cuando vuelva a salir el sol, volverá también tu sombra". Encerrado en su mutismo parecía no escucharnos.



-Es verdad. Quizás sea sólo una sensación, la de quienes hemos tenido que vivirlo, pero inclusive la gente más anciana no recuerda un invierno como éste. Y no tanto porque sea un crudo invierno de frío, cuanto por la falta de sol, de aire limpio. Hace meses que tenemos ese cielo nublado, oscuro, a menudo con nubarrones que descargan más agua que mi abuelita Rosa, que no conociste, pero te puedo asegurar que era una gran llorona.

-Lo cierto es que Joaquín se levantaba cada día más temprano y salía sin rumbo determinado, "para buscar su sombra", nos repetía. Y rondaba taciturno por las calles. Fue en ese entonces que me dijo: "Manuel, yo los tengo a ustedes y tengo también tantos amigos, pero sin mi sombra no entiendo más este mundo". Lo veía tan abatido que un día, para distraerlo, le propuse ir al estadio. A él siempre le gustaron mucho los partidos de fútbol.



Para mí Manuel es más que un buen cuñado, es más que un amigo. Sé que está preocupado por mí, que me trajo a ver el partido para distraerme. Pero hoy el partido no me importa. Hace meses que he perdido mi sombra. Ya lo sé que ella fue siempre muy independiente. Muchas veces no nos veíamos por algunos días y tampoco nos encontrábamos por las noches. En general nos despedíamos por la tarde; cuántas veces me decía: "Acuéstate temprano, Joaquín, mañana por la mañana tendremos un largo rato para conversar". Tampoco almorzábamos juntos, porque al mediodía ella prefería comer algo livianito y luego dormir una siestita. Hablábamos siempre durante tantas horas, pero sobre todo me gustaba conversar con ella por la



tarde, cuando me escuchaba con perfil pensativo, cuando con esbelta figura me respondía con poquísimas pero sabias palabras, con las palabras de uno que sabe pensar y escuchar.



-Lo había llevado para distraerlo un poco -dice Manuel-, pero cada vez que lo observaba, lo veía siempre ensimismado en sus pensamientos. Intercambiamos algunas palabras, de esas para rellenar los vacíos de comunicación: "¡Qué tiempo éste, siempre nublado!". "Se está poniendo tan oscuro que, aunque no sea tan tarde, van a tener que encender las luces". "No me gusta nada como está arbitrando este juez". Todas frases con las que yo trataba de cambiar la dirección de sus pensamientos.

-¿Y el partido cómo era?

-Quizás como consecuencia del estado del tiempo, quizás porque también los jugadores jugaban sin sus sombras, lo cierto es que el partido languidecía en un insulso cero a cero. Pero durante el segundo tiempo todo cambió. Encendieron las luces y, al entrecruzarse, los haces de luz de los reflectores convirtieron el campo de juego en un gran teatro de sombras. El partido se animó: era un tenso cero a cero con jugadores que derrochaban energías para evitar la derrota y ansiando la victoria. Fue entonces cuando el juez, pomposamente vestido de negro, oscuro como este invierno, con un aire de gran administrador de injusticias, tocó el silbato. La pitada atrajo la atención de Joaquín. Observé que repentinamente enrojecía y se ponía de pie gritando "¡Ladrón!" y apuntando con su mano hacia el campo, en dirección del árbitro. Al oír a Joaquín, una buena parte de la hinchada, que se creía desfavorecida por la

decisión arbitral, también se puso de pie y gritó "¡Ladrón!", haciéndole eco a Joaquín, pero sin entender sus razones. Al segundo siguiente, Joaquín empezó a correr hacia el campo de juego y como fuera de sí gritaba: "¡Ladrón, me has robado mi sombra, me has robado mis sueños!" Sólo entonces entendí que desde nuestra posición el juez se veía con dos sombras y que en uno de aquellos perfiles Joaquín había identificado la suya. Me levanté y corrí tras él.

El estadio entero se puso de pie, silencioso, para que retumbase más allá de las tribunas el grito de Joaquín, y lo vio correr, saltar el cerco que separa las tribunas del campo y proseguir su carrera hacia el juez, que lo miraba aterrorizado. Joaquín se abalanzó sobre él y con el ímpetu de la carrera lo derribó. Luego, con un movimiento rápido y seguro, levantó al juez del suelo e inmediatamente después recogió su sombra que, con la caída, había quedado oculta bajo el cuerpo.

Yo había corrido tras él, pero eran tantas sus razones que no me había atrevido a detenerlo. Joaquín, con la sombra en sus brazos y una alegre mirada de complicidad me dijo: "No te preocupes, está sólo desvanecida" y se alejó hacia la salida.

Cosa de locos: como si una era hubiese terminado, el partido quedó suspendido y, mientras los jugadores de ambos equipos se intercambiaban igualmente las camisetas con recobrados abrazos fraternos, el estadio entero seguía en pie y con una sonrisa de complicidad entonaba una antigua canción de libertad.







Índice

<i>La montaña de las banderitas.....</i>	<i>1</i>
<i>El trencito de lata.....</i>	<i>2</i>
<i>Pequeños y grandes.....</i>	<i>4</i>
<i>Los cinco sentidos.....</i>	<i>5</i>
<i>¡Adelante amigos!.....</i>	<i>7</i>
<i>Quisiera.....</i>	<i>9</i>
<i>Un álbum de fotografías.....</i>	<i>11</i>
<i>Te quiero América.....</i>	<i>15</i>
<i>Doña Juanita.....</i>	<i>17</i>
<i>El grito.....</i>	<i>20</i>
<i>Rojo Madre.....</i>	<i>22</i>
<i>El loco Joaquín.....</i>	<i>25</i>



Mayo de 1999



